

proponía sólo registrar hechos. Mas, al fin, un hecho cronológico es que yo pensaba así y como tal hecho debo registrarlo.

Abstraído, pues, me hallo con tales sutilezas cuando Asuero, el propio Asuero, viene a volverme al mundo de los vivos, sorprendiéndome con esta pregunta, en tanto me coloca «in situ» el foco frontal:

—¿Usted ha visto narices?

Cualquiera en mi caso hubiera podido tomar la pregunta por el lado humorístico y contestar alguna tontería. Asuero se refería, claro es, a la práctica de la especialidad rinológica.

Le contesto:

—No soy especialista. Pero exploro en nariz como todo médico general.

—Bien. Pues tome usted el espéculo y colóquelo. Voy a enseñarle mi «técnica».

—Encantado. ¿En qué fosa lo coloco?

—En cualquiera.

Pongo el espéculo en el orificio izquierdo. Prendo el estilete articulado que me ofrece Asuero. Lo flameo ligeramente. Entonces Asuero grita señalándome la mucosa:

—¿Ve usted ahí el esquema del *Heraldo*?

La verdad es que esta pregunta constituye algo extraordinario. Mi asombro va adquiriendo insospechadas proporciones. ¿Ante quien me encuentro? ¿Ante el hombre genial que dice cosas inexplicables para una inteligencia sencilla como la mía? Contesto simplemente:

—¿Qué esquema?

—No importa. ¡Toque usted!

Y me vuelve la espalda en una de sus idas y venidas por el cuarto. Atento yo a la maniobra exploratoria, pregunto sin separar la vista del espéculo:

—¿En cuál cornete debo tocar?

—¡En cualquiera!—grita Asuero, mientras agrega, lejos de mí, dirigiéndose a Tamés y a mi secretario—: ¡Ya toca! ¡¡Ya!! ¡Saque el espéculo! ¡Pronto! ¡Saque el espéculo!

Y lo saco. Y lo saco sin que en los escasos segundos que dura toda esta escena me haya decidido a hacer pasar el estilete más allá de la boca del espéculo. Afirmo rotundamente que Asuero no pudo ver si yo había tocado o no la mucosa. Ni me lo preguntó posteriormente ni se habló posteriormente en la clínica de ello. ¿Para qué? Asuero, hombre muy inteligente, como tengo dicho, ya debía suponer que ni para él ni para mí, todo lo que habíamos hecho podía pasar por «técnica» ni por «método» de ninguna clase. Lo interesante, sin duda, debía ser la actuación personal de Asuero sobre el enfermo. Y a ello procedió Asuero, sin pérdida de momento, ordenando a la enferma que golpeará el suelo con el pie derecho, una y varias veces, gritando imperativamente: «¡Más fuerte! ¡Más fuerte!», y mandando que deambule en varios sentidos, para despedirla con los acostumbrados gritos y volverse a mí, diciéndome en su habitual diapasón:

—¡La ha curado usted! Usted. Ni Bonnier, ni yo, ni nadie. Usted. Noguera, usted la ha curado.

Agregando: